

# Preocupaciones globales

JUAN J. LLACH  
PARA LA NACION

**P**ODEMOS mirar el mundo desde las noticias de cada día o tratar de calar de modo más hondo. Observando la superficie, vemos dos nuevos y arduos desafíos para los países desarrollados. Las respuestas a esos dos problemas influirán en todo el planeta. El primero es lograr que el gasto privado crezca lo suficiente como para permitir la reducción de los gigantescos déficits fiscales que ayudaron a salir de la crisis. El segundo es recuperar la solvencia fiscal, que ya venía golpeada y empeoró mucho con la crisis, sobre todo en Europa.

El propio Fondo Monetario Internacional reconoce que los estímulos fiscales deben mantenerse en 2010, ya que, aun así, los países desarrollados sólo recuperarán en 2011 el producto bruto interno anterior a la crisis. Pero es necesario que muchos países europeos logren demostrar cómo recuperarán su solvencia, porque si bien Grecia es la moda del día, la especulación puede atacar mañana a Portugal o a España y, si las cosas empeoran, incluso al Reino Unido, lo que configuraría un cataclismo peor que el de la compañía de servicios financieros Lehman Brothers.

¿Está la demanda privada empezando a jugar su papel? Las señales son contradictorias.

En Estados Unidos, se recuperan los indicadores líderes, la inversión en bienes durables, los balances de las empresas -mejores que lo esperado por muchos- y la producción, aunque muy ayudada por un factor transitorio: la reposición de inventarios que habían caído a niveles mínimos, lo que aportó el cuarenta por ciento del aumento del PBI a fines del año pasado.

Las pruebas cruciales son el consumo, el mercado inmobiliario y el empleo. El consumo se está recuperando y el efecto de esta recuperación llegó a la demanda de préstamos, pero la confianza de los consumidores todavía oscila. En el mercado inmobiliario, predominan los indicadores negativos, aunque es alentador que los precios de las viviendas hayan aumentado por séptimo mes consecutivo.

Subyace debajo de tantas dudas e incertidumbres la situación todavía débil del mercado de trabajo. Así y todo, la tasa de desempleo (9,7%) no ha aumentado desde octubre, y las caídas de la ocupación son cada vez menores. El primer mes que muestre una suba del empleo, probablemente cercano, verá también una fuerte recuperación de los mercados globales. Mientras ello no ocurra, seguirá tenso el estado de los balances de muchos bancos.

¿Qué nos depararán el futuro de Grecia, del euro y, en general, de toda Europa? Lo mejor, hasta hoy, lo ha dicho el presidente Sarkozy: "Si hemos creado el euro, no podemos dejar caer a un país de la unión monetaria". Se insinúa una "interna" con la disciplinaria Alemania, en la que Sarkozy contará con las simpatías de muchos.

La situación griega se ha distendido parcialmente con su reciente colocación de 5000 millones de euros al 6,5 por ciento a diez años, pero las tensiones sociales y políticas son muy fuertes allí. Además, el contexto es poco favorable, ya que se prevé que Europa crecerá este año sólo un uno por ciento.

Sin embargo, todavía hay muchas cartas por jugar, como el reciente anuncio de préstamos de emergencia a Grecia,



**Mientras que los países desarrollados luchan por salir de la crisis, sobresale el protagonismo de las naciones en desarrollo**

en caso de ser necesarios, o la probable, pero no cercana, creación de un Fondo Monetario Europeo. Lo más redondo económicamente sería que China comprara bonos de Grecia y de otros países europeos con sus gigantescas reservas de 2,4 billones de dólares. Parece casi imposible, porque Europa lo vería como una rendición. Sin embargo, sería el mejor freno a la especulación contra Europa y el euro, criticada por la mismísima canciller alemana, Angela Merkel. ¿Acaso China no está repleta de bonos de EE. UU.?

Una lectura más profunda del panorama global nos mostraría otras realidades, algunas promisorias, otras preocupantes. Entre las primeras, sobresale el afianzamiento del protagonismo de los países en desarrollo, todos los cuales se están transformando rápidamente en emergentes. Sólo 57 de ellos, sobre un total de 149, cayeron en recesión en 2009.

El caso más notable es el de África, con sólo ocho de 50 países en recesión. Los peores desempeños les cupieron

a Europa Oriental (doce países sobre catorce) y a América latina y el Caribe (con 21 países en recesión sobre 32).

En la década que se inicia, los países emergentes aportarán tres cuartas partes del crecimiento mundial en dólares comparables y 60% en dólares corrientes, pese a tener hoy sólo 45,4% y 27,5%, respectivamente, del PBI global. China deslumbra por su pujanza y ensombrece al resto, pero tiene sólo una cuarta parte del PBI total de los países emergentes.

Otro rasgo naciente de la misma tendencia es que empiezan a destacarse el desarrollo de sus mercados internos y su progreso social. Un ejemplo relevante, perdido en el bullicio diario, es que China ha dado claras señales de un cambio gradual de su modelo económico.

Ahora se alentarán más el consumo y el gasto social y algo menos las exportaciones, y la industria irá virando desde la que se encuentra basada en bajos salarios hacia otra más apoyada en el valor agregado.

Esto es importante para la economía mundial porque ayudará a reducir el superávit comercial de China, y es excelente para América del Sur, porque aumentará aún más la demanda de sus productos básicos.

La contracara de la vitalidad del mundo emergente está, hay que lamentarlo, en Europa.

Detrás de su pobre desempeño eco-

nómico, como lo destacó hace poco el economista Gotti Tedeschi en LA NACION, se encuentran su decadencia demográfica, su resistencia a la inmigración y el quebranto de sus sistemas de pensiones. No a los chicos, no a los inmigrantes, y sí a las buenas y tempranas jubilaciones es una triada imposible.

A ello se añade la difícil convivencia de la unión monetaria con soberanías políticas divididas. Contra todo esto no podrá por sí sola la tenaz inventiva alemana, aun secundada por Francia. Y los notables logros exportadores en lo que va del siglo XXI no serán lo que eran mientras Europa no salga de la recesión.

Entre la vitalidad de los países emergentes y la renacida esclerosis europea, que antes se había iniciado en Japón, el fiel de la balanza estará, una vez más, en los Estados Unidos.

Allí, la riqueza neta de los hogares es hoy de 54 billones de dólares, diez billones menos que hace tres años, y todavía queda mucha deuda por digerir. Por ello, la demanda privada tardará bastante tiempo en volver a ser lo que era. Mucho ayudaría a acortar los plazos una nueva y probable oleada de innovaciones, por

**En EE.UU., la riqueza neta de los hogares es hoy de 54 billones de dólares, diez billones menos que hace tres años**

ejemplo en biotecnologías o en energías limpias, lo que también sería de gran beneficio para el resto del mundo.

Una recuperación más rápida de los países desarrollados sería también más fácil si se retomara el ánimo solidario y coordinador que brilló en la reunión del G-20 de abril de 2009 y que se opacó notoriamente después. El mundo aparece ahora transitando desde el unilateralismo de los tiempos de George W. Bush hacia un "no lateralismo", en el que cada uno hace bastante lo que se le antoja.

La crisis griega y sus secuelas hubieran sido menores de haber seguido estando claro que ningún país de alguna importancia iría al default hasta nuevo aviso.

A esto se agregan, en otra cuenta, el reverdecir de tensiones geopolíticas, como las de China y los Estados Unidos, ocasionadas por Taiwan y Tibet, respuestas ambientales insuficientes y amenazas proteccionistas por ahora limitadas.

En el balance final, puede mantenerse un moderado optimismo sobre la recuperación de la economía global, pero condicionado a soluciones más contundentes para los países altamente endeudados de Europa.

Mucho ayudarán las tasas de interés de la política monetaria, que se mantendrán bajas por mucho tiempo, dado que no hay riesgos de inflación por lo que resta de 2010.

Un consuelo, así y todo, magro, porque los altos costos sociales del desatino financiero que llevó a esta crisis no encuentran respuestas reparadoras suficientes por parte de una opaca, demasiado doméstica dirigencia global.

Si esto suena familiar, no es mera coincidencia. © LA NACION